

ESTRELLA LEVANTE

SOS 4.8

bizarro

ERNESTO CASTRO CÓRDOBA

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

ÁNGEL ANTONIO RODRÍGUEZ

AVELINO SALA

DAVID SÁNCHEZ USANOS

DOMINGO SÁNCHEZ BLANCO

DOMINGO SÁNCHEZ ZARZA

EDITORIAL



DELIRIO

BIZARRO SOS 4.8

EDICIÓN AL CUIDADO DE ERNESTO CASTRO CÓRDOBA

CON INTERVENCIONES DE

ERNESTO CASTRO CÓRDOBA

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

ÁNGEL ANTONIO RODRÍGUEZ

AVELINO SALA

DAVID SÁNCHEZ USANOS

DOMINGO SÁNCHEZ BLANCO Y

DOMINGO SÁNCHEZ ZARZA

EDITORIAL



DELIRIO

Primera edición: abril 2010

BIZARRO. SOS 4.8

Colección Río de Oro, 2

© 2010, de los textos: los propios autores.

© 2010, EDITORIAL DELIRIO S.L.

www.delirio.es / info@delirio.es

Diseño del libro: Fabio de la Flor

Diseño de la cubierta: Festival SOS 4.8

Impreso en Iberoprinter, Salamanca, España.

ISBN: 978-84-937495-4-5

Depósito Legal:

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

AHÍ LOS TENÉIS, MALDITOS, SACIAOS DEL HERMOSO ESPECTÁCULO

Ernesto Castro Córdoba

Comprender el significado de lo bizarro supone comprender la capacidad que tiene algo Otro de producir un bombardeo de detalles. No en vano, en el Barroco se solía utilizar el término bizarro como sinónimo de oscuridad y dificultad de comprensión. De hecho, solemos encontrar referencias a Góngora como «el poeta de lo bizarro» o simplemente «el bizarro», por su capacidad de «originar», a través de la palabra, mundos nuevos no comprensibles en su totalidad, pero rabiosamente atractivos merced a su alteridad exhibida –hasta el límite de lo inhóspito diríamos–. He aquí la clave del extrañamiento producido por la obscenidad de lo bizarro: no hay mirada que lo traspase, pero tampoco que lo eluda. Así, una de las primeras imágenes en relación con lo bizarro sería aquella utilizada por nuestro poeta en la Soledad II a la hora de describir una red de pescar: «labyrintho nudoso, de marino/ Dédalo, si de leño no, de lino/ fábrica escrupulosa, y aunque incierta,/ siempre murada, pero siempre abierta.» Opacidad, rechazo y, por otro lado, posibilidad siempre abierta, se dan cita en lo bizarro, quien lo duda.

El sentimiento pulsional de lo bizarro puede, tal vez, ser esclarecido a la luz de la análoga *pulsión de muerte*, tal y como fue descrito por Platón en el Libro IV de la República. Allí, Leoncio, hijo de Aglayon, a la vista de los «cadáveres que estaban echados por tierra al lado del verdugo comenzó entonces a sentir deseos de verlos, pero al mismo tiempo le repugnaba y se retraía; y así estuvo luchando y cubriéndose el rostro hasta que, vencido

de su apetencia, abrió enteramente los ojos y, corriendo hacia los muertos, dijo: «¡Ahí los tenéis, malditos, sacíaos del hermoso espectáculo.» A pesar de las conexiones entre el *unheimlich* freudiano y la bizarría barroca, lo bizarro siempre va un punto más allá de lo siniestro, adentrándose en el peligroso y cínico campo de la risa hacia lo trágico de la vida del otro, risa que rápidamente se transforma en mueca y que hace tomar conciencia al espectador de carácter teatral –en un sentido genérico: artificial– del propio acto voyarista que supone esta indiferente contemplación de los males de un ser sintiente que sufre, cuyo sufrimiento no despierta la compasión, sino una burla, un escarnio, un objeto ironía hacia aquello que constituye el margen de lo establecido. El teatro del absurdo también podría tomar el nombre «de bizarro». Lo mismo cabe decir del género burlesco; siguiendo la tradicional distinción entre lo satírico y lo burlesco, según la cual lo sátira es un subgénero de lo bufo que articula su mofa desde el núcleo de un sistema de valores establecidos contra los acontecimientos periféricos que son objeto de escarnio generalizado y estereotipado las más de las veces (véanse los miles de poemas quevedianos contra cornudos, alcahuetas y otras gentes del malvivir); frente a ella, lo burlesco implica la asunción de una suerte de antivalores por parte del poeta, que suelen conducir a un rechazo o indiferencia respecto de la opinión pública (véase a Góngora en su famoso «ándeme yo caliente/ y riase la gente» en calidad de documento anticipatorio del principio de tolerancia jeffersoniano y la libertad negativa de J.S. Mill). De nuevo regresamos al parnaso español, al mismo tiempo que afirmamos que la sátira bizarra, a pesar de encontrarse al servicio de la ideología dominante, no ha de ser necesariamente conformista. A pesar de todo, la distinción burlesco–satírico es mucho más líquida de lo que los expertos quisieran. En este sentido, aquello que comienza como deliberado rechazo al sistema bien puede terminar en el enemigo perfecto

para ella, esto es, aquel *alterego* que el sistema requiere para verse reflejado en calidad de unidad inmune; no obstante necesita de la «resistencia» para reconocer su identidad.

Aquí ya hemos avanzado mucho en nuestro concepto al cobrar conciencia de que, entre las múltiples cosas que combate la presencia bizarra, se encuentra la *in-diferencia*, la contemplación distanciada y tranquila (¿burguesa?), al mismo tiempo sustentada por una *identificación* catártica; si algo busca (y encuentra) el supuesto género de lo bizarro es la producción de un sistema de diferenciación, con una pequeña particularidad: la comprensión estructural o de sentido por parte del *philosophe* no supone una suspensión de sus capacidades sorprendivas y distanciadas. Con lo bizarro no hay identificación, en la medida que no hay dilucidación total de lo exhibido descarnadamente, a pesar de que maneje unas pocas variables temáticas. Aquí van unas cuantas que se me ocurren: la sordidez, lo pornográfico, lo burlesco-satírico, como dijimos. Por sus características podríamos afirmar que es la verdadera antítesis de lo sublime, dentro de su misma lógica de intensidad sensible y *terribilitá*. Recordemos la archiconocida formulación de Edmund Burke al respecto: «Todo lo que resulta adecuado para excitar las ideas de dolor y peligro, es decir, todo lo que es de algún modo terrible, o se relaciona con objetos terribles, o actúa de manera análoga al terror, es una fuente de lo sublime; esto es, produce la emoción más fuerte que la mente es capaz de sentir.»

A modo de cierre que justifique éste, mi desbarre, quisiera incluir un fragmento del Kant pre-crítico. En una obra con el título de «Investigaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime» el sabio de Königsberg se dispone a aplicar tales conceptos estéticos en el análisis de diferentes realidades que hoy llamaríamos sociales, pero que para el Kant de 1764 respondían a una determinación intrínseca fundamental: se trata del gé-

nero y el espíritu de las naciones, fundamentalmente. El fragmento final dedicado al espíritu español es revelador para nuestra actual reflexión:

«El *español* es serio, taciturno y veraz. Hay pocos comerciantes en el mundo más honrados que el español. Tiene un alma orgullosa y es más sensible a las grandes acciones que a las bellas. Como en su composición se encuentra poco de dulce y bondadosa benevolencia, frecuentemente es duro e incluso cruel. El *auto de fe* se mantiene no tanto por la superstición sino por la inclinación del pueblo hacia la extravagancia [*abenteuerliche*], que se emociona al ver el rito de un espectáculo a la vez venerable y terrible en la cual el *sambenito*, pintado con figuras diabólicas, es arrojado a las llamas por una devoción frenética. No se puede decir que el español sea má altivo o enamorado que cualquiera de otro pueblo, sino que lo es de una manera extravagante [*abenteuerliche*], que resulta extraña y fuera de lo habitual. Dejar a un lado el arado y pasearse por el campo de labor vistiendo una capa y una larga espada hasta que el extranjero que pasa por ahí se aleja; o en una corrida, en la cual por única vez las mujeres de la comarca son vistas sin velo, señalar con un particular saludo a su bien amada y, en su honor, arriesgar enseguida su vida en un peligroso combate con un animal salvaje, son acciones desusadas y extrañas que distan mucho de lo natural. [...] Por lo tanto, las lecciones de la sana razón tendrían que vencer en España grandes obstáculos, no por tener que expulsar la ignorancia, sino porque se opone a ella un gusto extraño que considera que lo natural es vulgar y que no cree experimentar jamás un sentimiento sublime si su objeto no es extravagante [*abenteuer*].»¹

Abenteuer es la palabra que más me interesa del irónico fragmento, aquella que sirve de puente entre nuestro «bizarro» y un modo à la hispana

1 Immanuel Kant: *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*, Ed. FCE, Madrid, 2005, pp. 50–56.

de concebir lo sublime; término que se encuentra inexactamente traducida por *extravagancia*. Ferdinand de Saussure, en su *Curso de Lingüística General*, realiza una interesante tentativa de dilucidación diacrónica del posible origen etimológico de la susodicha palabra alemana. Según su interpretación *Abenteuer* es la evolución de una expresión popular compuesta por el término «atardecer» (*Abend*, con el mismo significado en el alemán de nuestros días) y una forma verbal sajona, bastante arcaica, perdida en nuestros días, del verbo «narrar/contar historias» (*türren*); literalmente es «lo que se cuenta al atardecer». En este sentido, la extravagancia se encontraría asociada al génesis de las formas de transmisión no escrita: el cuento como forma de representación simbólica primigenia que, tomando como tema motivos de la vida cotidiana, los transforma en algo extraordinario por medio de la exageración. El significado del término ha cambiado ligeramente desde entonces. Hoy día se ha perdido aquél tono de extravagancia peyorativa que recoge el uso que hace Kant del término en su texto, para pasar a asumir el significado más neutro de «aventura/peripecia». Para hacer la mezcla más rica podríamos señalar otra posible vía de interpretación: aquella que partiría de la relación entre el término (*Abenteuer*) y el actual *teuer* («caro/costoso») con el objetivo de iniciar una reflexión acerca del «valor» y el «precio» del relato en las sociedades antiguas. Quede solamente apuntado. A modo de conclusión diremos que si la extravagancia de lo *abenteuerlich* se asocia a las narraciones extravagantes (carentes o no de valor) en torno al fuego de la noche, lo bizarro –ahora hablo desde mi personal experiencia– es una forma de sedimentación progresiva de lo ordinario en una forma extraña, fragmentaria, no comprensible fuera del contexto vivencial del que surgieron, una suerte de sórdido Secreto que a pesar de diferir radicalmente de nosotros, nos interpela. El objetivo de esta recopilación no ha sido otro que el mantener esa interpelación en toda

su fresca (y fragmentaria) constitución. Ante ella el lector experimentará –con total probabilidad– un placer análogo al que sugiere un miembro cercenado, un torso o un muñón: la nostalgia acerca de las posibilidades de lo que «pudo haber sido lo Bizarro» continúan siendo múltiples, secretas y mitológicas.